



Apuntes de historia

Valentina Gómez Mampaso

Con motivo de la recopilación de fotos de las "Misses" que ha tenido San Martín, llevada a cabo por el Ayuntamiento, con el objeto de darlas a conocer mediante su proyección el día de la elección de la "Reina de las Fiestas, Reina de la Vendimia y Miss Simpatía" en este año 2015, y recordando los días de mi juventud, he creído oportuna la reproducción de un extraordinario artículo dedicado a las Fiestas y a los Toros de San Martín, por D. Gregorio Corrochano al final de la década de los años 50, por constituir un vivo recuerdo de épocas pasadas.

En el mes de septiembre de 1959, D. Gregorio Corrochano, el gran cronista taurino de la época, escribía una crónica en Blanco y Negro, la revista del periódico ABC (19 de septiembre de 1959, págs. 84-85), con su maestría habitual, inspirada en el gran afecto que siempre tuvo a San Martín gracias a su esposa D.ª Gloria Miranda y sus parientes, pertenecientes a las familias Miranda y Carvajales. En dicha crónica nos refiere con todo detalle las tradiciones más asentadas entre nosotros con motivo de las Fiestas Patronales, dedicadas a la Santísima Virgen de la Nueva.



Paseillo de las "Misses" y autoridades locales, por la carretera para asistir a la corrida de "Toros". Septiembre de 1959.

D. Gregorio Corrochano y las Fiestas de San Martín

Entre ellas, la elección de la Reina de las Fiestas y de sus Damas de Honor, o de las "Misses", como también se decía entonces.

Tras la elección, las seguían, con el revuelvo familiar consiguiente, los preparativos de la ropa y las mantillas – blanca, negra o madroñeras – para su participación en los diversos actos de las Fiestas, que se iniciaban con el estallido de color de la "Pólvora", seguida de la misa de la Patrona el día 8 de septiembre y las corridas de Toros, en donde asumían la presidencia con las autoridades municipales, extendiendo sus preciosos mantones de Manila sobre el balcón principal de la Plaza de Toros. Su llegada al coso taurino iba precedida por el desfile a lo largo de la Corredera, acompañadas en aquel año por figuras tan importantes y representativas para el pueblo como D. Francisco Pascual, D. Enrique Carvajal y D. Basilio Álvarez, que habían ido a buscar a Leonor, a Nieves y a Lucía a sus domicilios. Y después los bailes en "La Huerta". Pero dejemos paso a la palabra y a la pluma del D. Gregorio Corrochano...

Cuando se va sin solución de continuidad de unas regiones a otras – Andalucía, Norte, Castilla – se observa lo distinto que son los públicos; éste es un tema para tratado (sic) más reposadamente. Veníamos de Bilbao, de Santander, de Gijón y tomamos el camino de un pueblo castellano, enclavado en un oasis de pinares y viñedos, guardián de los históricos toros de Guisando: San Martín de Valdeiglesias. Antes de llegar hicimos estación en el magnífico embalse del Alberche, que corona Pelayos de la Presa, que parece un rincón arrancado de Suiza o de Austria, donde se está construyendo un club náutico. ¿Un club náutico en lugar pintoresco y delicioso a menos de una hora de Madrid? Pues sí, un club náutico.

San Martín está en fiestas. Una corrida de toros, dos novilladas, el espectáculo cómico-taurino-musical de Becerra; una feria completa. Pero el día antes, como vísperas, se dedica a la devoción de la Virgen de la Nueva, aparecida en el Alberche y desalojada de su casa por el embalse.

"Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.")

Día de toros. Son las tres de la tarde. En la mayor parte de las casas, empiezan los preparativos. Que si este vestido; que si estas flores; que si la mantilla. Funciona la plancha, que siempre hay que estirar alguna falda que ha cogido una arruga.

— ¿Cómo me pongo las flores, en este lado o en éste, en el pecho o en el pelo? La pregunta múltiple parece dirigida al espejo. La madre interviene. La amiga casada, más experta que la muchacha y más moderna que la madre, decide y ayuda al menester de la mantilla y de las flores.

Este quehacer se atiende con todo rigor en casa de Leonor, en casa de Nieves y en casa de Lucía. Leonor, Nieves y Lucía ponen sobre sus vestidos unas bandas que indican jerarquía de belleza.

Leonor ha sido elegida reina (guapa entre las guapas), Nieves y Lucía, damas de la reina (finalistas de guapas). La elección tuvo originalidad. Baile en La Huerta; parejas que bailan; unos mirones (comisión) que van seleccionando entre todas porque ninguna se ha presentado; no es concurso preparado; es baile. El altavoz para la música y da unos nombres. Aplausos. La elección está hecha. Puede el baile continuar.

Vamos a los toros. Por la carretera va la música abriendo calle con el pasodoble; detrás de la música, Leonor, Nieves, Lucía, con sus mantillas (de madroños negros la de Leonor), sus flores, sus bandas; Juan Antonio, el alcalde, que apoya su autoridad en el bastón de mando, con el teniente de alcalde, el señor cura y el acompañamiento que luego

ha de presidir. La muchedumbre sigue al cortejo. La carretera es la calle principal. La carretera es camino obligado para ir a cualquier parte. En tanto no se desvíen, las carreteras serán de uso obligado, necesario y frecuente de los pueblos. El paso de los picadores a pie, unos mocetones con andar pesado por el lastre de los hierros "de la mona" que defiende la pierna de los derrotes del toro, da a la comitiva aspecto teatral.

Al fondo se ve el "cerro de Guisando", al pie del que "pacen" los toros de piedra famosos que vieron coronar a Isabel la Católica; a la derecha, el castillo medieval; la plaza es límite del pueblo; más allá, viñas cargadas de racimos de dulce y fino albillo y de uva tinta, de la que sale el exquisito vino, del que ya habló Larreta en "La gloria de don Ramiro" ("unos vidriecicos de vino de San Martín").

La corrida va a empezar. Se forma el palco de la presidencia. La lluvia ha retraído a la gente. Leonor, Nieves y Lucía ponen sus mantones en la barandilla del palco. El alcalde y yo nos sentamos entre las bellas muchachitas y el señor cura. Las muchachas preparan flores para los toreros; el señor cura se santigua y dice:

"Dios quiera que yo no tenga que intervenir."

Ya salen los toreros. Primero el rejoneador Josechu, con bonito y adornado caballo. Luego Gregorio Sánchez, Solanito, y Curro Romero. Unos muchachos garbosos piden la llave.

Empieza la corrida. "Parece que nos vamos a librar del agua", dice alguien. "Parece", corrobora otro. Ya está el primer espada to-

reando de muleta al primer manso.

"¿Le damos música?", me pregunta el presidente. "Vamos a darle música, señor alcalde, a ver si se anima el toro", le contesto.

Ya se ha muerto el toro. "¿Le damos la oreja?", me pregunta Juan Antonio, el presidente. "Vamos a dársela, Juan Antonio", le contesto.

"¿Y a éste se la damos?" "Vamos a dársela, Juan Antonio."

"¿Y a éste se la damos?" "Vamos a dársela, Juan Antonio."

"Está cortando el rabo y yo no he dado el rabo." "Déjelo usted, Juan Antonio, para qué lo quiere usted."

"¿Le damos la oreja al rejoneador?" "El rejoneador no va a ser menos, Juan Antonio; al fin y al cabo ha muerto el toro de los rejones, lo que es meritorio."

"¿Desencajonamos los toros de mañana para que los vea el público?" "Vamos a desencajonarlos, Juan Antonio." "Que abran las puertas y entre todo el que quiera."

La plaza se llena hasta rebozar; mañana no vendrán, pero a ese precio se llenarían siempre las plazas. Afición no falta; lo que sobra son los precios sin estabilizar.